

El Islam: de un pasado glorioso a la búsqueda de identidad

“Nosotros creemos en todos los profetas y amamos profundamente a Jesús (s.a.¹). Pero ¿por qué los cristianos no aceptan a todos los profetas, incluido Mahoma (s.a.w.¹)?”

En estas dos frases, típicas en labios del musulmán cuando confronta la fe cristiana, se esconde tanto la piedra de tropiezo como la clave del corazón para llevarles el Evangelio.

No podemos amar a quien no conocemos y como cristianos no podemos comunicar las buenas nuevas sino somos respetuosos (“deudores” como diría Pablo; Ro 1:14) con “los que no han oído”. El estereotipo que tenemos hoy sobre los países musulmanes, de pobreza, de desórdenes, de radicalismos, hasta llegar al terrorista islámico inmolándose como bomba humana, no hacen justicia a un pasado glorioso y digno.

Si hoy en el llamado mundo ‘occidental’ disfrutamos de muchas de las obras de los filósofos griegos, en la Península de muchos avances en agricultura y regadíos, en las matemáticas del sistema posicional de los números y el cero, incluso en la Cristiandad de muchos de los escritos de la iglesia primitiva, es gracias a la recopilación y difusión cultural de la edad de oro de la ‘civilización’ islámica. Sabios como Avicena (*Ibn Sina*, Persia, 980-1037 d.C.) o Averroes (*Ibn Rushd*, Al-Andalus, 1126-1198 d.C.) maestros de filosofía y leyes islámicas, matemáticas y sobre todo genios de la medicina –y de quienes yo recuerdo fueron referencias de primer orden en un trabajo sobre la alquimia que hice en mis años de escuela secundaria– ocupan un lugar principal en el panteón de los grandes de la historia de la humanidad.

El mapa mundial ha sido moldeado por la extensión de la religión islámica así como por sus imperios, que llegaron a cubrir casi una cuarta parte de la superficie habitada del planeta. El último de los imperios a sucumbir, casi contemporáneamente con el Británico y Austrohúngaro fue el Imperio Otomano. Y esto a su vez fue el comienzo del fin de lo que hoy ha llegado a ser el enfrentamiento entre “Oriente” y “Occidente”, entre el nacionalismo islámico y el imperialismo cristiano (como ellos lo ven). ¿Por qué? Porque fueron las potencias como Francia (con Napoleón), Inglaterra (en la época victoriana), Italia (con Victor Manuel), España (hasta los Borbones) y otros, quienes se repartieron el pastel del norte de África y Oriente Medio, humillando a la orgullosa comunidad musulmana, que nunca ha olvidado su papel de dominador del mundo; dominio que achacan a su adhesión a “la última y más pura de las religiones monoteístas”. Así como no han olvidado las cruzadas, como un escarnio de la barbarie medieval al mundo civilizado árabe; donde judíos, ortodoxos y musulmanes compartían una convivencia, cuando menos mucho más civilizada que la aniquilación inquisitorial de judíos y moros en Occidente (el Guantánamo de entonces).

Todo ello con el resurgir económico de los Emiratos gracias al petróleo --que todos conocemos tan bien-- ha dibujado el mapa geopolítico y el bagaje religioso-emocional del mundo árabe (y por extensión islámico) hasta nuestros días.

¹ “S.a.” significa *la paz esté con él*, y “s.a.w.” *la paz de Alá esté con él*.

Pero todo esto ¿cómo ha configurado o desfigurado la consciencia religiosa de ellos? Ellos siguen amando a Jesús el Mesías (“Īsā al-Masīh”, como lo llaman) pero odiando al Occidente cristiano. Hoy ellos batallan entre conservar sus tradiciones y asimilar la globalización. Es por ello fácil, por ejemplo, ver árboles de navidad en hogares musulmanes en Turquía, aunque no celebran la navidad sino el año nuevo (¿?).

Ellos siguen invocando cada día la misericordia y bondad de un Alá fatalista, pero desconocen que “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal 85:10) en la persona y la obra de Jesús. Nosotros desprovistos de toda salpicadura de imperialismo cristiano -- con tantas de las cosas que hemos incorporado a nuestras tradiciones y cosmovisión, que no son bíblicas sino occidentales-- debemos presentar y reflejar al Jesús vivo. ¡Al que ellos aman sin conocerlo! Para que puedan amarlo más conociéndolo como Señor y Salvador. Porque además ¡ellos anhelan conocerlo!

Saben que nació de la Virgen (a quién veneran), que nunca se casó, que anduvo haciendo bienes a todos, que nunca hizo la guerra, que llegó incluso a resucitar a los muertos, que proclamó el Evangelio (*Injil*), que ascendió a la presencia de Dios, que volverá a la tierra para concluir su obra y que será el único intercesor a favor de todo musulmán en el Día del Juicio. Niegan que fuera el Hijo de Dios y que muriera en la cruz. Pero en realidad lo que niegan es que Dios tuviera relaciones sexuales con María para engendrar un hijo y que la obra de Dios fallara al conseguir los hombres matar uno de los mayores profetas.

Pero éste puede y debe ser nuestro mensaje: 1) Occidente no es cristiano, incluso si lo queremos localizar en el mapa, el Cristianismo es oriental; 2) Dios no tiene hijos carnales, Jesús es “una palabra Suya” (i.e. de Alá; ver Corán, Ál-i Imrân 3/39,44,45; Nisâ 4/171) venida al mundo en forma humana y eso es lo que la Biblia y el propio Jesús quieren decir cuando usan el término; y 3) La obra de Dios no falló en la cruz, sino que ganó la mayor de las victorias, anunciada por todos los profetas, y la cruz no es un símbolo de dominación (i.e. las cruzadas), sino de restauración y salvación para toda la humanidad...

Claro está que más que las palabras será nuestro comportamiento y forma de vivir lo que confirme o deforme el mensaje. Como dijera más o menos Francisco de Asís a sus discípulos: “predicad el evangelio las 24 horas y sólo cuando sea estrictamente necesario hablad”.

No se trata de vencer sino de convencer, no de conformarse sino de informar, no de despreciar sino de apreciar... Se trata de reflejar al Jesús que están buscando, en nuestras vidas y hogares, en nuestras relaciones y devociones, en nuestra alocuciones y oraciones... Porque si queremos una clave para llegar al corazón del musulmán, esta quizás sea, por encima de cualquier otra, orar de corazón, con ellos y por ellos en el Nombre de ese Jesús vivo que buscan.

Carlos Madrigal
Estambul, Diciembre de 2008